

XVIII.

De lo que pasó con el virey y con Andrea.

LA noticia de la retirada del príncipe de Nassau y de las tropas holandesas del puerto de Acapulco, habia llegado á México, calmando los inquietos ánimos del virey y del visitador: se habian disuelto las compañías dispuestas ya para salir, y por toda precaucion el virey dispuso que se repararan las cortinas del castillo de Acapulco y se le agregaran dos bastiones.

Así desapareció tambien el temor que se tenia á la conjuracion de los criollos, en vista de que habia pasado ya la coyuntura en que pudieran haber hecho algo.

Inclinados los ánimos del visitador y del marqués de Cerralvo á la templanza y á la benignidad, dieron trazas de abrir las prisiones y poner en libertad á las personas que en ellas tenian, entre las cuales se contaban Don Leonel y su padre.

Acordaron, pues, hacer venir á éstos á su presencia, á fin de amonestarles, notificándoles que quedaban en libertad, y obligando su gratitud para impedirles en lo sucesivo otra tentativa.

Don Nuño y Don Leonel comparecieron ante S. E. Los dos iban sumamente tristes y abatidos: habia en ellos otro motivo ademas de la persecucion de que eran víctimas; el secreto de familia que habian creido descubrir, les tenia completamente desasosegados.

—Sentaos, señores—les dijo el virey mostrándoles dos sitaliales.

Los presos obedecieron en silencio.

—¿Conoceis los motivos de vuestra prision?

—Sí, señor excelentísimo—contestó Leonel.

—¿Me permitirá V. E. que hable?—dijo Don Nuño.

—Seguramente; la justicia de S. M. no está nunca sorda á las quejas de sus vasallos.

—Pues bien, Excmo. Sr., yo estoy preso sin saber por qué y con la conciencia del inocente: al aprehender á mis hijos, me han aprehendido; luego se me pone en libertad, y cuando me creo ya seguro, se vuelve á dar orden de prision contra mí y se me lleva á la cárcel; y todo esto siendo yo, aunque mal esté en mi boca el decirlo, uno de los mas leales vasallos del rey mi señor (que Dios guarde muchos años).

—Quiéroos explicar, Don Nuño, en qué ha consistido esto; que un truhan, un mal hombre que se introdujo en mi servicio con el supuesto nombre de Benjamin y que era nada menos que el mentado Martin Garatuza á quien yo no conocia, hizo sobre vos denuncias y acusaciones tan graves y con visos tales de verdad, que necesarias han sido todas esas averiguaciones.

—De las cuales, señor, creo que resultará mi inocencia.

—Tan clara está y tan sin sospecha, que por todas partes se procura buscar al denunciante para aplicarle el condigno castigo; así es que podeis quedar satisfecho, y hoy mismo saldreis en libertad.

—Mil gracias—dijo Don Nuño inclinándose profundamente, pero haciendo un gesto de desprecio, como quien dice: mucho favor es no castigar á un inocente.

—En cuanto á vos, señor Don Leonel—continuó el virey—tambien saldreis libre con vuestro padre, y por consideraciones á él, que vuestra causa no es tan buena como la suya; contra vos existen mas que indicios, pruebas, y solo por probaros la benignidad y grandeza de S. M. (Q. M. A. G.), á quien represento en estos sus reinos de las Indias, os concedo esa libertad, de la que espero que no hareis el uso que de ella hacíais antes de haberla perdido, porque el perdon de la primera falta agrava la pena en la segunda.

—Señor—contestó Leonel—mi conciencia está tan tranquila, que así la hubiera llevado al mismo cadalso; pero V. E. dispone que salga libre á nombre de S. M., él es dueño de mi vida y de mis dias.

El visitador habia permanecido silencioso durante la conversacion, pero en este momento dijo al virey en voz baja:

—Figúraseme, Excmo. señor, que escucho llantos y voces en una de las antesalas.

—Así me habia parecido hace ya un rato.

—¿Quiere V. E. que mande ver qué sucede?

—Si no os causa gran molestia.....

El visitador agitó su campanilla de plata que estaba sobre el tintero, y un lacayo se presentó.

Llamóle el visitador aparte y le dijo:

—¿Qué causa ese llanto que se escucha afuera?

—Señor—contestó el lacayo—una mujer enlutada que quiere ver á S. E., ó cuando menos que le sea entregada una carta de que es portadora, que dice ser de un moribundo.....

—Que se me traiga esa carta—dijo el virey, que habia escuchado la conversacion.

El lacayo se inclinó y salió, volviendo poco despues con una carta que presentó á S. E. en una bandeja de plata.

Tomóla el virey, rompió la cubierta y comenzó á leerla; pero á poco lanzó una exclamacion que causó curiosidad al visitador, el cual, sin embargo, no se atrevió á preguntar nada.

El virey terminó su lectura, y exclamó:

—Mirad, señor visitador, que hay cosas que parecen maravillas; hace poco que hablaba yo aquí á Don Leonel y al señor su padre, del llamado Benjamin. ¿Os acordais?

—Sí, señor—contestaron Don Nuño y Don Leonel.

—Pues en esa carta, que nos hará favor de leer el señor visitador, el tal Benjamin, ó Martin, como él dice llamarse, pide perdon de sus maldades y se despide en artículo de muerte.

El visitador tomó la carta de Martin y la leyó en voz alta.

—Pobre hombre!—dijo S. E.;—su arrepentimiento parece ser verdadero.

—Aunque tardío por lo que respecta á la justicia humana—contestó el visitador—que segun parece, á estas horas debe ser ya un cadáver.

—Dios le habrá perdonado, que es con el único que tiene, si ha muerto, sus cuentas pendientes.

—Así es.

—¿Y la mujer que trajo esta carta se ha ido ya?—preguntó el virey al lacayo, que habia quedado esperando en la puerta.

—No señor, aun está ahí.

—Hazla entrar—dijo el virey.

El lacayo abrió la puerta é hizo seña á la Perla, que se encontraba en la pieza siguiente. La mujer, sin hacerse de rogar, penetró en el despacho de S. E. y se arrojó á sus piés.

—Alzaos, señora, alzaos—dijo el virey;—alzaos y decidme qué es de Martin.

—No, señor Excmo, no me levantaré, que Martin me encargó que estuviera á las plantas de S. E. hasta obtener su perdon.

—Bueno, bueno, alzaos y hablaremos: ¿dónde está Martin?

—Ay, señor! ha muerto! ha muerto! y no tengo ni con qué enterrarle.....—Y la mujer lloraba sin consuelo.

—Bien, le perdono en nombre de S. M. y en el mio—dijo el virey, mirando lo poco que con este perdon exponia—alzaos, que yo os daré para su entierro.

—¡Qué bueno es S. E!—decia la mujer procurando buscar las manos del virey;—qué bueno! con razon me decia Martin que no saldria yo desconsolada.

—¿Y dónde está su cadáver?

—En nuestra casa, señor.

—Vaya; pues yo costearé el entierro en gracia de su arrepentimiento, y un lacayo irá con vos á ver el cadáver y á disponerlo todo.

—Como me lo pensé—dijo en su interior Andrea;—Dios nos saque con bien; allá Martin verá lo que hace.

El virey habia dado algunas órdenes, y un lacayo estaba ya listo para acompañar á Andrea.

—Id—le dijo el virey—nada os costará el entierro, y además, yo os daré cien duros para lutos.

—Mil gracias, Excmo. señor—contestó Andrea, y salió seguida del lacayo, y pensando:—doscientos de Martin y esto, son trescientos.....

Aunque aquella mujer tenia confianza en Martin, sin

embargo, temblaba al acercarse á la casa: si Garatuza no habia hecho nada, de seguro que ella iba dar á la cárcel.

Llamó á la puerta llena de temor, y la negrilla salió á abrirla bañada en llanto. Andrea conoció que la negrilla estaba ya en la comedia.

—¿Qué hay por acá?—preguntó con desconfianza.

—Ya le amortajamos y le encendimos un velon—contestó llorando la muchacha.

—Pasad—dijo Andrea al lacayo, sintiéndose ya con ánimo.

El lacayo entró, y llegaron al interior de la casa.

En medio de una estancia estaba tendido sobre una mesa un cadáver cubierto con una mortaja, y cuatro gruesos cirios le alumbraban.

El lacayo al ver aquel espectáculo, se detuvo y se quitó el sombrero.

—Pobre hombre!—exclamó—Dios le haya perdonado.

—Pobrecito, era tan bueno con su familia!—dijo Andrea.

—Dios tenga piedad de su alma: voy á arreglar el entierro.

—Sí, señor.

El lacayo por huir de aquel espectáculo, salió de la casa, y la Perla le vió por la ventana alejarse.

Entonces desapareció su aire de tristeza y lanzó una alegre carcajada sin respeto al cadáver, cuando al volver el rostro se encontró con el alegre de Martin Garatuza.

—¿Qué tal?—dijo éste.

—A pedir de boca—contestó la Perla.

—¿Viste al virey?

—Sí, y mi papel salió muy bien.

—¿Qué te dió?

—Me dijo que pagaba el entierro y me daba cien pesos para luto.

—Y doscientos que yo te doy.....

—Son trescientos.

—Ya ves que no es mal negocio.

—No me quejo.

—Ahora otra cosa.

—¿Qué?

—Es fuerza que se enamore de tí el lacayo.

—¿Con qué objeto?

—Yo sé mi cuento.

—Pero.....

—Haz lo que te digo y no te pesará.

—Lo haré.

—Así te quiero, obediente.

Llamaron en este momento, Martín corrió á esconderse, y la Perla tomó su aire triste y se arrodilló el lado del cadáver.

Era el comisionado del virey para el entierro, que volvía con un hombre que tomó la medida al cadáver para buscar un cajon.

Cuando aquel hombre, que debía ser el carpintero, salió, el lacayo miró á Andrea, que permanecía arrodillada.

—Señora—la dijo—creo que el cajon, caso de que lo haya hecho, tardará en venir dos horas: voy entretanto á arreglar los negocios en el camposanto y la parroquia.

—Os suplico que no os tardeis mucho; ya comienzo á extrañar vuestra compañía: estoy tan sola y sois tan bueno.....

La Perla acompañó estas palabras con una mueca de coquetería que no iba del todo mal: además, como hemos dicho, aquella mujer ni era una vieja ni carecía de atractivo.

El lacayo la miró con alguna atencion y dijo para sí:

—Lo cierto es que la viudita no es tan despreciable.....

si yo me atreviera.....¿pero cómo? aun no sale el cadáver..... procuraré echarlo fuera cuanto antes; quizá entonces.....

La Perla entendió como mujer de mundo, lo que pasaba en el alma del lacayo.

Puede decirse como regla general, y se entiende que no tratándose de un viejo ni de una fea de primera calidad, que á toda mujer le halaga causar una ilusion, aun cuando esté dispuesta á no conceder favor de ninguna clase, y á todo hombre le alucina una muestra de predileccion por parte de una mujer, aun cuando tenga la firme resolucion de no darle cuartel. No hay mas que una diferencia, que en el caso dado, la mujer puede llegar á sucumbir, y el hombre nunca; y la razon de tal diferencia consiste, en que el hombre puede tomar la iniciativa, y esto no le es lícito á la preciosa mitad del género humano.

—¿Tardareis mucho?—preguntó Andrea.

—Procuraré volver pronto—contestó el lacayo.

—Si os disgusta estar en la misma pieza que el cadáver, podremos ir á otra.

—Me parece bien.

—Entonces, mientras dais la vuelta dispondré otra.

—¿Cuánto os lo agradezco!

—¿Acostumbráis tomar chocolate temprano?

—Sí—contestó el lacayo como mareado por la coquetería de Andrea.

—En tal caso, yo misma voy á prepararlo para cuando volvais.

El lacayo miró las manos de Andrea y le parecieron preciosas.

—Voyme para volver cuanto antes—dijo.

—No tardeis—agregó Andrea, dirigiéndole una mirada capaz de volverle loco.

—No, voy volando.

Y salió casi corriendo de la casa, diciendo:

—Negocio seguro, negocio seguro.

Una alegre carcajada de Andrea acompañó al ruido que hizo el zaguán al cerrarse.

—¿Qué hubo?—dijo Martín saliendo.

—¿Qué hubo? que tú debes haber nacido en Jueves Santo, según te sale de bien cuanto inventas.

—¿Qué dice tu hombre?

—Mi hombre, mala peste le mate! ¿de qué va á ser este mi hombre, si yo nunca he tenido tratos sino con caballeros y gente principal?

—Gracias—dijo Martín.

—Cierto, y no es lisonja.

—Pero vamos, ¿qué hay?

—Que ya cayó.

—¿Te dijo algo?

—Nada.

—Entonces ¿cómo sabes que ha caído?

—Se lo conocí.

—Si nada te dijo.

—Tonto! sabrás tú de letras, pero nunca has sido mujer; y déjame, que yo sé mi cuento.

—¿Con que está seguro?

—Tan seguro, como yo lo estoy de que tienes entre manos una gran diablura.

—¿Qué te dijo el hombre?

—Que pronto vuelve, y entonces verás como es la decisión.

—Bueno: entonces cuando él venga, me iré yo, que ya no te quedarás sola, y es peligrosa aquí mi presencia.

—¿Y á qué fin pretendes que ese hombre se enamore de mí?

—Ya lo sabrás. Esta noche te espero en la plaza para que me cuentes cómo fué mi entierro y cómo sigue tu nuevo amor.

—¿A qué horas y en dónde?

—A los ocho, cerca de las tiendas nuevas.

—Iré, á pesar de que me da miedo salir de noche.

Una hora despues llegó el hombre, y Martín se salió sin que él lo advirtiese.

En esa tarde se sepultó el cadáver, no con pompa, pero sí con escándalo, porque muchos quisieron ver el entierro del célebre Garatuza costado por el virey, y hubo en el panteón gran concurso de ociosos y perdidos.

Como entonces no habia de qué hablar en México, hasta los círculos mas aristocráticos se ocuparon del asunto, y fué objeto de muchas conversaciones la bondad del virey y el arrepentimiento de Martín.

Excusado es decir que en la misma noche el lacayo contaba á sus compañeros que estaba enamorado de la viuda y que no perdía sus esperanzas.

Don Leonel en la misma tarde en que salió de su prision quiso ver las ruinas de la «casa colorada;» pero no pudo resistir aquel espectáculo, y con el corazon comprimido volvió á su casa.

Aquella noche Don Nuño no pudo contenerse, y despues que acabó la cena, cuando los criados que servian la mesa se retiraron, el viejo se atrevió á hablar del negocio.

—Leonel—dijo—¿sabes algo de..... tu prima Doña Esperanza?.....

—Padre mio—contestó Don Leonel—nada sé; he pasado por el lugar que ocupaba su casa, y nada..... ruinas, desolacion.

—Quizá..... moriria—dijo el anciano, como pronunciando por fuerza esta palabra.

—¡Dios no lo haya permitido!.....

—¿Qué haremos para saber la verdad?

—Es muy difícil; el único auxilio que espero es el de Dios.

—¿Es decir que has perdido toda esperanza? ¿No intentas buscarla?

—Padre mio, ¿seria yo por ventura mas feliz si la encontrara? ¿No murió para mí toda esperanza desde que me revelásteis que era mi hermana?

—Es cierto; pero por ella, por mí, debes buscarla tú tambien: quizá viva en la miseria, quizá no tenga adonde volver sus ojos, quizá la mano de la desgracia la arrastre al crimen, á la prostitucion.....

—¡Oh, Dios mio!.....

—Leonel, sé bastante fuerte para dominar tus pasiones y sobreponerte á las desgracias; busca á Esperanza, y será feliz á nuestro lado.

—¿A nuestro lado, padre mio? Es un imposible, yo no

XIX.

De cómo volvió á encontrar Don Leonel á su prima Doña Esperanza.

Don Nuño y Don Leonel salieron libres de Palacio, como se los habia ofrecido el virey, y cesando las persecuciones, cada uno de ellos volvió á pensar en sus negocios particulares; uno habia, sobre todos, que preocupaba á los dos sobremanera: la suerte de Esperanza.

Don Nuño miraba en ella á su hija.

Don Leonel encontraba en ella á una hermana cuando habia creído tener una esposa.

Uno y otro deseaban hablarse de lo mismo, y uno y otro temian promover la conversacion.

A su salida de Palacio fueron informados de que la «casa colorada» habia sido completamente devorada por las llamas y que nada se sabia de sus habitantes.

El Padre Salazar aun no volvia á la casa paterna; pero como Don Nuño y Don Leonel ignoraban que estaba oculto en casa de Doña Juana la noche del incendio, no se inquietaban por su suerte y esperaban verle llegar de un momento á otro.

puedo vivir así al lado de esa mujer; yo podré buscarla, conducirla á vuestros brazos, pero permanecer con vosotros.... ¡oh, no! Soy soldado, y puedo aún ir en busca de la fortuna y de la gloria para estar libre de ese martirio, y honrar vuestras canas y vuestro nombre con mis hechos.

—Dios dispondrá—exclamó por fin Don Nuño levantándose y retirándose.

Don Leonel y el Padre Alfonso quedaron solos.

—Supongo, hermano —dijo el Padre—que á tí mas que á nadie le interesa el encontrar á Doña Esperanza.

—Hermano, tengo tanto interés como mi padre, ó quizá menos.

—Cómo! ¿pues no debias casarte con ella, ó al menos esas no eran tus intenciones?

—Es verdad; pero ahora todo ha cambiado.

—¿Cambiado? ¿y por qué?

—Alfonso, ese es un gran secreto de familia que tú debes saber tambien como yo.

—Pero que ignoro.

—Lo sé; sé que lo ignoras, como yo por mi desgracia lo ignoraba tambien, hasta que una casualidad vino á abrir nuestros ojos.

—¿Cuál es, pues, ese secreto?

—Que Doña Esperanza es hija de nuestro padre, es hermana nuestra.

—Pero cómo! ¿hermana nuestra?

—Sí, mi padre me lo ha dicho; yo debia haberlo sabido, porque Doña Juana me dió el libro en que estaba escrita la historia de su familia; pero yo no llegué á leer ese libro, porque las circunstancias se encadenaron de un modo tal, que habiéndolo tenido en mi poder, no me fué posible leerle.....

—¿Y qué fué de ese libro?

—Por librarlo de las garras de la justicia, encargué á Martin que le entregase á Doña Juana.

—En efecto, que el mismo Martin cuando estuvo á verme en la casa Colorada, me dijo que tenia que llevar algo á Doña Juana; pero no recuerdo bien si me agregó que de vuestra parte, y si por fin entregó ó no lo que llevaba.

—En todo caso, está perdido; si le llevó, el incendio le ha devorado; si no, ¿quién puede saber, muerto ese hombre, adónde dejó ese libro?

—Siempre hay mas posibilidad de encontrarle si él no lo entregó; ¿quién sabe lo que suceda? pero por mi parte, hermano mio, si te he de hablar la verdad, no creo que Doña Esperanza sea nuestra hermana.

—¿En qué te fundas para tener esa creencia?

—Mira, Leonel; ¿Doña Juana sabia tus amores con su hija?

—Sí.

—¿Y no se opuso á ellos?

—Al principio sí, pero despues, cuando supo que yo te ayudaba en la conspiracion, entonces consintió en ellos.

—Leonel, Doña Juana debia saber quién era el padre de su hija, y sabia quién era el nuestro; si hubiera creido por un solo instante que tú y Esperanza eran hermanos, ni por un instante hubiera consentido esos amores: conocí demasiado á Doña Juana para poder dudar un momento de su virtud.

—Pero por otro lado mi padre.....

—Mi padre puede mas fácilmente haberse engañado, y esto es lo que debe haber sucedido, y pronto creo que se descubrirá.

—¿Pero cómo, hermano mio, cómo? Seria yo el hombre mas feliz.

—Ten fé en Dios.

—Alfonso, me das la vida, porque me vuelves la esperanza.

Y los dos hermanos se separaron.

Al día siguiente el Padre Salazar vió llegar á su hermano pálido y agitado.

—¿Qué hay? ¿qué te ha sucedido?—preguntó el Padre.

—Acabo de ver á Doña Esperanza—contestó Don Leonel.

—Pero eso no es motivo para esa agitación.

—Si vieras cómo la he amado, no lo extrañarías; pero además, aquí hay otro gran misterio: Doña Esperanza iba en una carroza al lado de otra mujer y con un caballero elegantemente vestido, al que yo nunca he visto en esta ciudad.

—Quizá sea alguno de los ricos de provincias internas.

—Ese caballero, ese hombre tan ricamente puesto, me ha parecido, y vas á reírte.....

—¿Quién?

—Martin Garatuza.

—En efecto, cosa es de risa, y no puede eso ser sino efecto de tu preocupacion, porque tú, mejor que nadie, sabe que Martin Garatuza ha muerto.

—En efecto, he oido leer la carta que envió al virey, he oido las disposiciones que dictó S. E. para el entierro, y he visto llorando en Palacio á la viuda.....

—¿Y esa misma viuda era la dama que acompañaba á Doña Esperanza y al hombre que te pareció Martín?

—No, no era ella, y tuve ocasion de observarlo, porque la carroza se detuvo en la calle de Ixtapalapa, en la casa de Don Pedro de Mejía el finado, y ví bajarse de ella á Doña Esperanza y á la mujer que la acompañaba, apoyándose en el brazo del hombre que tomé por Martin.

—Entonces está claro que no es él.

—No está muy claro, quién sabe.....

—¿Sospechas?.....

—Martin es capaz de todo, tú no lo conoces tan bien como yo, y no seria difícil que algun nuevo engaño.....

—No es posible; el virey tomaria sus providencias, y no es fácil que haya sido engañado como un niño.....

—En efecto, el virey envió á uno de sus criados de confianza con la viuda.

—¿Ya lo ves?.....

—Y á pesar de todo, ahora soy yo el que tengo la fe, y creo que Garatuza no ha muerto y que por su medio podemos averiguar mucho; el libro de la familia de Esperanza debe estar en su poder.

—¿Pero y Doña Juana?

—Quizá sea cierto que murió, porque Doña Esperanza vestia luto.

—Es preciso buscar á ese hombre; tú tambien me has hecho concebir una sospecha.

—Yo le encontraré.